

## CAPÍTULO I

Los acontecimientos que se narran en este libro tienen su verdadero origen en una conversación que tuvo lugar entre dos subalternos de artillería en el frente occidental a comienzos de octubre de 1917.

Pero aunque este primer y breve capítulo se haya tenido que dedicar a las circunstancias y al contenido de aquella conversación para que el resto del libro pueda ser más comprensible, y aunque las palabras de la conversación fuesen pronunciadas en las laderas de Passchendaele, nadie debe temer que éste sea un libro de guerra.

Desde el segundo capítulo hasta el final no habrá ninguna estremecedora descripción acerca de los efectos de una nube de gas de cloro sobre un grupo de monjas en un convento bombardeado, ni páginas y más páginas acerca del atormentador remordimiento del joven y sensible subalterno que ha faltado a la palabra dada a su padre, el anciano y canoso vicario, por haber pasado la noche con una *mademoiselle* de Armentières. No habrá riadas de conocimientos a lo largo de extensos capítulos, al más puro estilo Bloomsbury, describiendo pormenorizadamente las sensaciones de una persona al verse atrapado dentro una intensa cortina de fuego de obuses mientras se echaba un sueñecito en el depósito de cadáveres local. No habrán profundos sermones moralizadores acerca de lo inescrutable que resulta una Divina

Omnipotencia capaz de crear la flor de alhelí y la bayoneta de sierra, y a Shakespeare y a Von Mackensen (o, como aparecen en las traducciones, Unser Shakespeare y Ferdinand Foch) en los versos de la *Ode to Baron von Bissing*, que tomó prestada, y bien prestada, la célebre cuestión de Blake: «¿El que creó al cordero te creó a ti?»

Y, por último, no habrá ningún extenso pasaje de exquisitas cadencias y ritmos con el único fin de demostrar que soy tan bueno como Ruskin o cualquier otro, y que se dediquen a comparar la tranquilidad de la vida en los barracones con la vida durante los bombardeos de mortero sobre las trincheras o a describir las azuladas columnas de humo subiendo en espiral desde la diminuta aldea francesa situada al abrigo de los bosques en los que, una y otra vez, han resonado los estruendosos pasos del ejército de Carlomagno, cuyas hojas verdes se han agitado sobre las cabezas de Hugo Capeto, Luis el Santo y Enrique de Navarra (siempre es una carta segura), y que han ocultado a los amantes de los pueblos, el revoloteo de los halcones, las marchas de los emperadores, etc.

En pocas palabras, después de este primer capítulo, y tomando prestado el nombre de una apasionada sociedad de pacifistas de izquierdas: «¡No a la guerra!»

La conversación entre los dos oficiales de artillería tuvo lugar en uno de aquellos búnkeres rectangulares de hormigón armado con forma de rana, con los que los ingenieros militares alemanes sembraron Flandes entre 1915 y 1916 para que su decadente y mimada infantería, a diferencia de las tropas más viriles de Gran Bretaña, Bélgica, Portugal y de algún regimiento francés, no tuviese que dormir sobre quince centímetros de agua y bajo seis milímetros de chapa de zinc haciendo de sábana.

Fue en 1917 cuando el alto mando británico escuchó rumores sobre la existencia de estas estructuras, o «pastilleros», que era así como los habían bautizado nuestros irrefrenables soldados-combatientes cuando aparecieron por primera vez. Se creía que un agente destinado en Berna había hecho llegar la información al tranquilo y apartado Cuartel General de Montreuil, y que éste

había tomado la información de un agente en Ámsterdam, que, a su vez, había tomado la información de un periodista amigo que tenía en Río de Janeiro. Pero otros creían que fue el suplemento ilustrado del *Chicago Tribune*, que publicó fotografías de veintisiete tipos de pastilleros, el que puso por primera vez al Servicio de Inteligencia, ciertamente el mejor del mundo, sobre la pista. Pero fuese quien fuese, no hay lugar a dudas de que, en febrero de 1917, el Cuartel General británico había decidido, en un principio, que una buena manera de frenar las alarmantes pérdidas de soldados por gripe, congelamiento o pies de trinchera, con las respectivas oportunidades de verse acompañadas de hacerse el enfermo, sería alojar a las tropas de vanguardia en pastilleros. Hubo cierta oposición, naturalmente, por parte de la robusta y endurecida escuela de combatientes, que sostenía, en Montreuil, que nada minaría la moral de las tropas tan rápidamente como la seguridad provisional contra el fuego de artillería. La única manera de templar los nervios, argumentaba esta escuela, era exponerse constantemente a éste para acostumbrarse hasta el punto de que ni lo notara. Esta medida de peso sólo pudo ser finalmente silenciada por la presentación de los datos estadísticos de la gripe y, especialmente, de los que fingían ponerse enfermos.

Pero el alto mando, habiendo decidido en principio que los pastilleros eran, en su conjunto, deseables, no era tan tonto como para regalárselos a la ya consentida infantería. No existe una máxima tan cierta como la de los caballos regalados y sus dentados. Los niños pequeños no saben valorar los asientos libres en los cines y no se merecen las chokolatinas, y los soldados son como niños pequeños. Y, en aquel momento, el alto mando todavía estaba resentido por culpa de una dolorosa experiencia acerca de la veracidad de esta máxima. Porque, en un arrebato de cariño y de generosidad impulsiva, se había decretado que a los oficiales en combate se les podría, bajo ciertas circunstancias, considerar con derecho, como mínimo, a la mitad de los permisos que siempre tenían los oficiales del Estado Mayor, pero la acogida de este regalo no había estado tan llena de entusiasta gratitud como había esperado, justificadamente, el alto mando.

La infantería iba a tener pastilleros... apropiados. Pero iba a tener que conseguirlos por sí misma. Así se conseguiría un doble propósito. Éstos serían apreciados, valorados y se mantendrían limpios, y la infantería adquiriría más práctica en el arte de la ofensiva armada. Por un lado, Montreuil no estaba segura de cómo ponerse a construirlos. Y por otro, acababa de dominar el arte de cavar trincheras profundas, arte inventado por los alemanes a finales de 1914, por lo que era reacia a realizar incursiones en nuevos misterios.

Así que en agosto, que no dejó de llover tres cuartas partes del tiempo, en septiembre, que llovió la mitad del tiempo, y en octubre, que no dejó de llover ningún día, la infantería estuvo muy ocupada en hacerse con estos pastilleros, y, después de estos tres meses y a costa de muchísimas vidas y muchísimos proyectiles, tomaron posesión de cientos de ellos.

Lo cierto es que los soldados olían de modo más infame los cigarros rancios, que todas las entradas estaban mal orientadas y que el lodo tenía tendencia a rebasarles sin que se dieran cuenta. Pero, como dijo el oficial del Estado Mayor del 5º Ejército que tenía la orden de realizar un informe sobre su estructura, composición, grosor, capacidad de los asientos, campo de tiro, emplazamiento y resistencia a los obuses, y de examinar lo que él pensaba que era un pastillero gracias a un potente telescopio situado en el tejado del Château del Trois Tours, detrás de Brielen: «Al fin y al cabo, no se puede tener todo.» Con esta eterna verdad en su boca, el oficial del Estado Mayor le pasó el telescopio a un ordenanza, le dictó un informe a otro, entró en su automóvil y se fue de permiso. Pero fue muy bien recompensado por su arriesgado esfuerzo, ya que ahora podía añadir fascinantes relatos de sus experiencias, casi en primera línea, en los salones de Mayfair y Belgravia, a sus predicciones sobre la tendencia de las futuras batallas sobre las que él había tenido que transmitir previamente para cautivar los corazones femeninos. Pocas semanas después, recibió una bien merecida insignia al mérito militar.

En las laderas de la colina de Passchendaele, a unos ciento ochenta metros al este del río Steenbeck (cuando digo «este» hablo

del margen equivocado, el del lado alemán, y cuando digo «río» me refiero a una acequia de tres metros en su punto más ancho) y a unos ciento ochenta metros al oeste del frente de batalla, había un pastillero tan grande y con unos muros tan gruesos que hacía las funciones de cuartel general de dos batallones, y como a ningún cuartel general de un batallón jamás se le ocurría moverse ni un solo metro sin la compañía de un subalterno de artillería, había, por lo tanto, dos artilleros en este particular búnker.

El motivo para la indispensabilidad de estos jóvenes caballeros —ya que rara vez sobrepasaban los veinte o veintiún años de edad— era curioso. Hacía mucho tiempo que se había descubierto, prácticamente en los días previos de los primeros días de guerra, que, por algún misterioso fenómeno de la Providencia, ningún soldado de infantería, o del rango que fuese sin importar la larga ristra de medallas de campaña, podía distinguir entre los proyectiles que se lanzaban contra ellos mismos o contra el enemigo. Así que cada vez que bombardeaban sus trincheras con fuego de artillería, la infantería, con su natural optimismo empapado por interminables horas cavando la tierra y transportándola, tenía asumido como algo lógico que el fuego de su propia artillería tuviese muy corto alcance. En efecto, cuando empezó la guerra, a veces era difícil convencerles de que no era la artillería alemana la que estaba disparando, y el hecho de que una batería británica de campo con cañones de dieciocho libras dispusiera la estricta cantidad de treinta y seis proyectiles, todo metralla, para una semana entera, se suponía que era una protección nula para evitar que se cubriera nuestra línea del frente de mil proyectiles de seis pulgadas de potente explosión en dos horas.

Como consecuencia, se tuvo que agregar a un joven artillero en todos los cuarteles generales de cada batallón del frente para señalar las principales diferencias entre los proyectiles que iban hacia el este y los que iban hacia el oeste y, de esta manera, llevar alivio a las tropas hasta conseguir, en cualquier caso, un sentimiento de seguridad parcial.

Los dos batallones, cuyos coroneles, asistentes, oficiales de señales, mensajeros, ordenanzas y parásitos habituales, que fueron

alojados en este túnel que se encontraba por encima del nivel del suelo, que era lúgubre, húmedo y que estaba lleno de humo de tabaco durante la segunda semana de octubre de 1917, eran el 17º batallón de Fusileros de Rutland y el 20º batallón de Infantería Ligera de Melton Mowbray. Los oficiales de artillería eran el teniente Evan Davies, 10ª batería East Flint, Artillería Real, Fuerza de Voluntarios, que fue agregado al batallón de Rutland, y el teniente Donald Cameron, 13ª batería de Sutherland, Artillería Real, Fuerza de Voluntarios, agregado al de Melton Mowbray, ambos por cuatro días.

La artillería del East Flint pertenecía a una división galesa, la de Sutherland, a una escocesa, pero era práctica habitual dejar a los artilleros en el frente mientras las infanterías descansaban para doblar la fuerza de la artillería, y, en ocasiones, cuando las divisiones estaban completas, para triplicarla y cuadruplicarla. La verdad es que esta práctica tenía sus inconvenientes, y un civil perspicaz, un comandante de reemplazo al que le hubiesen destinado por un error de reclutamiento a posiciones relevantes en la retaguardia de Montreuil, señalaría que eso quería decir que la artillería nunca dispusiese de descansos. El perspicaz comandante —profesor de griego en tiempos más felices, hombre de inteligencia sutil, de grandes conocimientos y capaz de trabajar diecisiete horas al día— fue debidamente trasladado al mando de un batallón de trabajo de apoyo a las tropas, pasándose el resto de la guerra construyendo un embarcadero en un pueblecito pesquero próximo a Finisterre que iba a ser destinado como base del Ejército británico en el suceso de uno de los más rápidos paseos de Von Ludendorff al capturar Le Havre. Pero aunque el comandante se hubiese ido, el dilema seguía presente. Si la fuerza artillera del frente se iba a doblar, triplicar o cuadruplicar, el personal de artillería no iba a tener descanso. La solución definitiva fue sencilla, como lo son todas, y constó de las palabras: «Oh, vaya, no se puede evitar», con lo que todo el mundo se quedó contento a excepción, claro está, del personal de artillería.

Míster Davies y míster Cameron, naturalmente, se dirigieron juntos a la esquina más alejada de la puerta del pastillero —los

oficiales de artillería siempre parecen inclinarse por este lugar— y, al poco rato, ya estaban enfrascados en una trascendental conversación. Hablaron de los temas habituales: del carácter sangriento general de la guerra, del tremendo atasco que había en la rotación de permisos desde que empezó la ofensiva de Passchendaele, de la trágica sublimidad del Estado Mayor y de la asquerosidad del tiempo. Comparaban el número de días consecutivos en los que sus respectivas baterías habían recibido en las raciones mermelada en lugar de jamón —por lo visto, la batería de East Flint ganaba por ciento dieciocho días a noventa y seis—, volvían al carácter sangriento general de la guerra, luego se dedicaban a hablar, cuchicheando discretamente, de sus anfitriones de infantería y, finalmente, de las características generales de la nación de la que tanto los Fusileros de Rutland como la Infantería Ligera de Melton Mowbray fueron reclutados.

—He vivido cinco años en Londres —dijo Davies, un hombre corpulento y agradable cuyos treinta y cinco años eran una excepción a la generalizada juventud de los oficiales de enlace, que llevaba gafas de montura acerada y tenía un bigote negro y muy poblado—, y debo admitir que encuentro que los ingleses resultan extraordinariamente difíciles de entender.

—Yo nunca he estado en Inglaterra antes de la guerra —contestó Cameron—, así que los únicos ingleses que conozco son soldados. He estado en Londres un par de días, aunque de permiso, naturalmente.

Donald Cameron era un muchacho de unos veinte años, delgado y de cabello claro, con un pequeño bigote y manos pequeñas. Medía más o menos un metro ochenta y uno, e incluso los cambios y las oportunidades de la guerra no le habían arrebatado su natural timidez. Hablaba el puro y correcto inglés de Inverness-shire.

—¿Qué piensas de ellos como soldados? —preguntó Davies.

—Son una mezcla extraña —contestó Cameron—. La última vez que estuve vinculado a un batallón inglés fue hace cosa de un mes. Era un batallón de Worcestershire o Gloucestershire o de por ahí. El coronel llevaba un monóculo y se pasaba el día sentado en

una trinchera bien profunda leyendo el *Tatler*. Hablaba como si él mismo fuera el *Tatler*, lo sabía todo acerca de lady Diana Manners, de los duques y de Gladys Cooper. Estuvimos seis días en el frente y estuvo preocupado todo el tiempo excepto en una ocasión, cuando él mismo subió caminando con un bastón hasta un emplazamiento de ametralladoras Bosche y se le rindieron cincuenta y ocho. ¿Qué piensas de esto? ¿Crees que estaba loco?

—No lo sé —contestó Davies, dando caladas a una enorme pipa negra—. Nosotros tuvimos una vez un subalterno inglés en nuestra batería que solía correr para extinguir los incendios que se declaraban en los depósitos de artillería pesada.

Cameron tiró su cigarrillo.

—¿Que solía hacer qué?!

—Que solía apagar los incendios en los depósitos de los proyectiles.

—Pero ¿para qué?

—Decía que cada proyectil costaba cinco libras y que era deber de todos salvar el dinero del gobierno.

—¿Dónde está enterrado?

—En el pequeño cementerio que hay detrás de Vlamertinghe.

—Lo conozco.

Donald Cameron encendió otro cigarrillo y preguntó:

—¿Por qué los ingleses siempre se ríen cuando se menciona Aberdeen?

—¿Sabe Dios por qué! —contestó Davies—. ¿Por qué tienen a un galés como primer ministro y a un escoto...?

—Escoto no. Escocés.

—Perdón, ¿... a un escocés como Comandante en Jefe y a otro como Primer Lord del Mar del Almirantazgo, y creen que es gracioso?

—¿Sólo el Señor lo sabe!

—Y aún hay otra cosa, Cameron. Los ingleses se enorgullecen de haber vencido siempre a los franceses, menos en Hastings.

—Exacto.

—Entonces ¿por qué el Ejército francés tiene más éxito que el inglés en esta guerra?



—Se supone que el personal de apoyo francés es mucho mejor.

—Será así, supongo. Porque el soldado inglés, el que realmente lucha, es asombrosamente bueno.

—¿Por qué los ingleses —preguntó Cameron— se vienen abajo ante el cañón de 75 milímetros francés como si fuese el arma más maravillosa de la guerra? Nuestro cañón de 18 es igual de bueno.

—Si no mejor.

—Exacto. Si no mejor.

—Pero entonces ¿por qué el inglés medio —preguntó Davies— es el mismísimo demonio con los puños cuando, en realidad, es el alma más pacífica del mundo, y luego, a pesar de su pacifismo, se convierte de repente en un soldado de primera categoría?

—Sí, pero entonces ¿por qué los ingleses...?

—¡Oh, por todos los santos! —exclamó Davies riéndose, y sacando un gran frasco de su bolsillo—, nos vamos a volver locos. Tómame un trago de whisky escoto. ¡Perdón! Tómame un trago de whisky escocés. —Los dos echaron un buen trago, y luego Davies continuó—. Soy editor, tengo la oficina cerca de Covent Garden, y cuanto más veo a los ingleses como hombres de negocios, como hombres de letras o como lo que sea, más me desconcierto. Son las almas más bondadosas del mundo, pero si ven algo bonito volando por el aire o corriendo por el suelo, van rápido a por un arma y lo matan. Si un terremoto devasta Borneo del Norte, saldrán corriendo hacia Mansion House y obstruirán el tráfico en kilómetros a la redonda para donar dinero como ayuda a los daños causados por el terremoto, pero ¿crees que moverán un dedo para derruir sus propios barrios marginales? No. Si en Inglaterra asaltas a un hombre, le haces tragar los dientes de un puñetazo y le das otro en el estómago, eso no es más que algo gracioso, aunque luego te pasas catorce días en la cárcel. Pero si le pones un dedo encima y, al mismo tiempo, le robas el reloj, eso es robo con violencia, y lo más probable es que recibas dieciocho latigazos y te pases unos trece años en Dartmoor. A los

ciervos y a los zorros les puedes hacer prácticamente lo que te plazca. Eso sí es deporte. Pero si te levantas y dices que apruebas las corridas de toros, ¡ya verás lo que te pasa! Tendrás suerte si sales con vida. Y hay otra cosa. Siempre se visten de gala. Es algo que les encanta. Fíjate en los Beefeaters, en los Chelsea Pensioners, en las pelucas de los abogados, en los Peers' Robes, en el ordenanza del Banco de Inglaterra, en el Lord Mayor's Show y la puesta en escena de los tribunales, en la presentación al soberano de la bandera de un regimiento, y en todo este tipo de cosas. Muéstrale un traje de gala a un inglés y se lo pondrá.

—Parecen bastante fascinantes —murmuró Donald.

—Y lo son, tenlo por seguro —repuso Davies—. Los quiero. No los entiendo, pero los quiero. Tengo una teoría sobre ellos que alguna vez me gustaría poder comprobar si puedo salir de este sangriento Armagedón sin que me hagan un agujero.

—¿Qué teoría?

—Tengo la impresión de que todas sus extravagancias, rarezas e incongruencias parten del hecho de que, en el fondo, básicamente, son una nación de poetas. Eso sí, se pondrán pálidos de ira si se lo dices. Imagínate lo que el coronel Tarkington, que está allí, diría si tú le dijese que él es un poeta.

El coronel Tarkington era el comandante al mando de los Melton Mowbrays. Era un comandante de caballería que había sido trasladado a infantería para poder promocionar, un hombrecillo pulcro y gallardo que comía con moderación para no engordar de cara a practicar el polo después de la guerra.

—Me gustaría escribir un libro sobre ellos algún día —dijo Cameron pensativamente.

—Merecería la pena escribirlo —replicó el galés—. Hazme una visita cuando acabe esta maldita guerra y lo hablamos.

—¿En serio?

—Puedes estar seguro de que hablo en serio. Ya te he dicho que soy editor, y espero seguir siéndolo. Hagamos un trato. Si alguna vez buscas trabajo en Londres, ven a verme y hablaremos de ello. Me encontrarás en el listín telefónico, Davies & Llewellyn, Henrietta Street.

Cameron lo anotó en su libro de registro de armas, y al acabar sacó una gran petaca.

La noche avanzaba. La lluvia no dejaba de caer como una sábana gris, hora tras hora. La artillería alemana se estaba poniendo a punto para su sesión nocturna, y, de vez en cuando, un ruido sordo estremecía el pastillero cuando caía cerca un obús. Pero no eran los obuses lo que preocupaba a los dos artilleros. Se encontraban en la esquina más alejada de la puerta y ambos sabían que el hormigón armado tenía un grosor de setenta centímetros, porque ambos lo habían medido de forma independiente tan pronto como llegaron, y ambos sabían perfectamente que, ni mucho menos, un impacto directo de un obús de 20 ó 27 milímetros, afortunadamente, poco habituales en los lodos de Flandes, o constantes impactos sobre el mismo lugar de un 14/75, lo cual era improbable, les podría causar ningún daño. El auténtico peligro era que la infantería se inquietase y pidiese que se enviase un S. O. S. a la protección de la artillería.

Los dos artilleros daban vueltas arrastrando los pies con preocupación y evitaban mirar a los coroneles y al Estado Mayor, que estaban al otro lado del pastillero. En aquel lado no paraban de hablar y no dejaban de llegar ordenanzas con mensajes. El ambiente era vibrante, plagado de ruidos sordos y de zumbidos, estremecedor, y el pastillero estaba lleno de ordenanzas y operadores de radio que se ponían a cubierto de la espesa cortina de fuego. La atmósfera estaba cargada con el humo del tabaco, el olor de los impermeables empapados, el sudor de los ordenanzas y las amargas emanaciones de un obús que había caído en la entrada. El asistente de los Rutlands llegó abriéndose paso a codazos entre la multitud. Davies le vio llegar y suspiró.

—¡Maldita sea! Ya nos vamos —murmuró—. Buscan una represalia. Cinco libras contra un panecillo a que mi cable se ha venido bajo. —Sacó su máscara de gas y su sombrero de hojalata.

—Todos los cables se han venido abajo —dijo Cameron—. Escucha. Es lo típico de un bombardeo.

—¿Tenéis alguna bengala? —preguntó Davies—. Las mías cayeron en un cráter provocado por un obús según se sube.

—Cuatro. Dos rojas y dos verdes; podríamos probarlas.

El asistente se unió a ellos con la habitual petición para un S. O. S. «Podría ser un ataque», explicó.

Los dos artilleros forcejearon entre la multitud hasta llegar a la puerta llevando sus rudimentarios aparejos del lanzador de bengalas. En el exterior había una vorágine de ruido, lodo y muerte.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Davies mientras observaba desde el interior—. Si no ven las bengalas, Cameron, uno de los dos tendrá que ir corriendo a buscar auxilio. Nadie en el mundo podría arreglar un cable en medio de todo esto.

—Confiemos en que estos malditos chismes funcionen —dijo Cameron febrilmente apoyando el lanzador de la bengala contra lo que había a la izquierda de un parapeto. Un rato después salió disparada hacia el recargado crepúsculo, estallando en una lluvia de estrellas verdes. El segundo, el rojo, le siguió inmediatamente, pero falló a la hora de explotar.

—¡Maldita sea! —exclamaron los dos artilleros a la vez—. La señal de S. O. S. era verde seguida de rojo. El verde solo no serviría de nada. Prepararon la otra bengala roja, pero justo en aquel momento las cerillas no se encendieron. La caja estaba mojada. Cameron entró corriendo y salió con otra. La bengala lanzó chispas, salió volando y estalló en una hermosa llovizna roja.

Los dos artilleros se agazaparon tras el destrozado parapeto y esperaron. Davies contaba en alto los segundos con su reloj de pulsera. Si la artillería no veía las bengalas, uno de los dos subalternos tendría que intentar cruzar los dos kilómetros y medio que había hasta la batería más cercana con una posibilidad de uno contra quinientos de conseguirlo. Y si fracasaba en el intento, el otro tendría que hacer lo mismo. Para ellos era de vital importancia, por tanto, que la artillería las viese. Los segundos iban pasando. A los setenta y cinco, Davies se puso las manos delante de la boca y gritó al oído de Donald: «¡Parece que han fallado!» A los noventa entrelazó sus diez dedos, y a los cien, se giró parcialmente hacia Cameron, gritando: «¡Será mejor que lo echemos a suertes! ¿Qué eliges?» Lanzó un franco y Cameron gritó «¡cara!», y, justo en aquel momento, un cañón disparó desde la

retaguardia, luego disparó otro, y más tarde lo hicieron cinco o seis veces a la vez formando una salva dispersa, y luego, como un gigantesco rayo, toda la artillería británica cobró vida y el cielo de occidente se transformó en un fuego de llamas amarillas. Bajó el telón de acero.

Con una enorme sonrisa en la cara, Davies se metió de un salto en el refugio del pastillero. Cameron se entretuvo para recuperar el franco del lodo cuando cayó un proyectil de 14/75 de potente explosión junto a él, despertándose dos semanas después en el Hospital Duquesa de Westminster, en Le Touquet, con traumatismo craneoencefálico y neurosis de guerra.

